



EL EXCELENTISIMO SEÑOR
D. XAVIER MARIA DE MUNIBE
Conde de Peñaflores

MONOGRAFIA

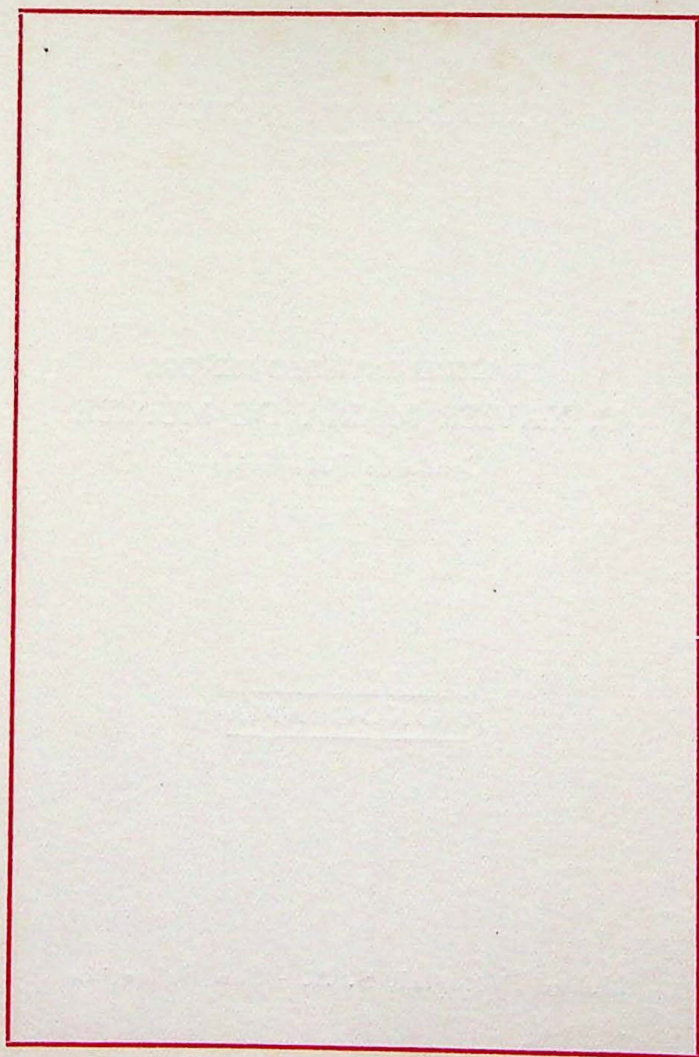
GREGORIO DE ALTUBE

GREGORIO DE ALTUBE

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. XAVIER MARÍA DE MUNIBE
Conde de Peñaflores

MONOGRAFIA

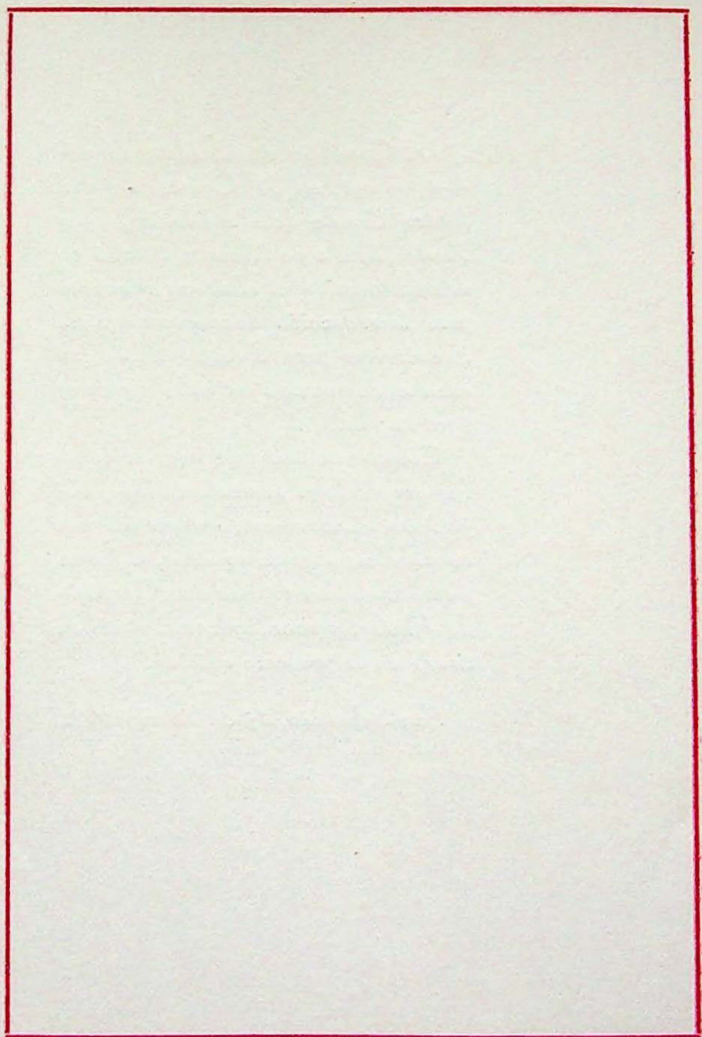
Nueva Editorial, S. A. - San Sebastián



*L*A Comisión nombrada para celebrar el II Centenario del ilustre Conde de Peñafiorida, Don Xavier María de Munibe, acordó en aquella ocasión el abrir un concurso para la redacción de una monografía que sirviese para divulgar figura tan excelsa, en cuanto a actividades y amor para su país.

Como resultado de ese concurso fué premiado el presente trabajo, cuyo lema «Laurak-bat, Irurak-bat» encubría el nombre de su autor, el joven y estudioso investigador don Gregorio de Altube, y acordándose después su tirada en la presente edición.

San Sebastián, 15 de Marzo 1932

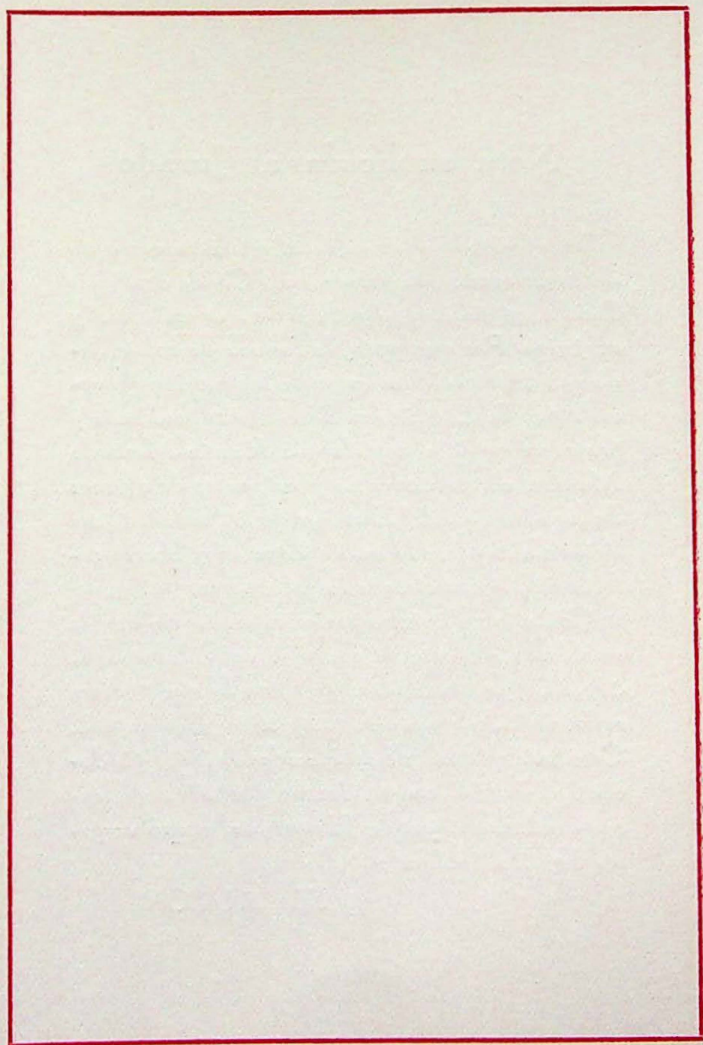


Nota suplicada al Jurado

Interpretando el anuncio del concurso como un deseo de semblanza personal del Conde de Peñaflores, he procurado reducirme a lo exclusivo y subjetivo. Por otra parte, la fortuna de haber dado con textos inéditos como la Instrucción prevenida por la Económica Bascongada para guía y programa en viaje del alumno Ramón María de Munibe, correspondencia y originales de algunos de los discursos del Director de la Sociedad, me animan a destacar lo nuevo entre muy breves referencias, las precisas, a lo ya impreso.

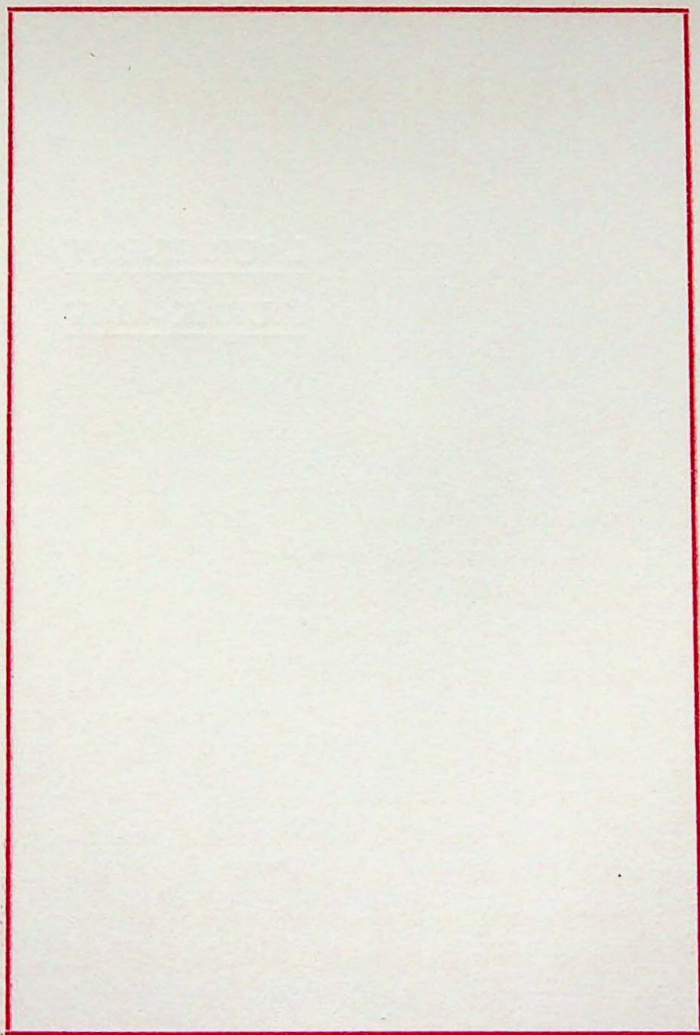
Con ello cubro el espacio impuesto sin que la semblanza concrete la suma de actividades de la Sociedad ya divulgadas. Así con lo que pudiera referirse al Seminario Patriótico Bascongado. Creo más en razón de oportunidad la ideología docente del CABALLERITO Munibe que una copia sucinta del Reglamento e Historia del centro vergarés también publicados.

EL AUTOR



LAURAK - BAT

IRURAK - BAT





1765

ESTA grueso el Conde – declaradas tiene
L las nueve arrobas – y suda a pesar del
paso lento, del bastón alto y del mes de
Enero. Es una tarde excepcional, no llueve
sobre Azcoitia, ni hace frío; el azul triunfa del
gris. La tierra parece estremecerse para sa-
cudir la humedad por unos verdes tímidos y
escasos, los primeros, y el Conde trepa sua-
vemente para gozar al sol, de otro sol que
alborea en el futuro.

Sonríe a una vieja esperanza que apunta
realidades. «El octavo Conde de Peñaflo-
rida, ilustre poseedor de las Casas de Munibe,
Eguino, Isasaga, Sasiola, Arancibia, Ugarte,

Arraiz, Mallea, Zaldívar, Arrazubia, Escalante, Ibarra, Elormendi, Astigarribia, Maspe, Gaviola, Zubiaga e Insausti, que es la de los primeros pobladores de la Villa de Azcoitia y noble tronco de más de sesenta casas, que a sus primitivas armas, el nogal, añadió, el valor del Capitán Ortuño de Insausti, el lustre de trece Aspas grabadas en la *Vandera* que por los años de mil y sesenta ganó a un Capitán Portugués en la batalla de Santarem; el Patrono perpetuo de la iglesia parroquial de Berriatua y del Convento de Monjas Recoletas de la orden de San Agustín, de la villa de Medina del Campo, fundado por el Ilustrísimo Obispo Señor Don Bernardo Paredes, y donde muriera en olor de Santidad, el año de gracia de 1710, la Venerable Madre Ana Felipa de los Angeles que tuviera por abuelos maternos a Don Josef de Insausti y a Doña Catalina Mendoza de Escalante, y por ascendencia la más acendrada de España y que se reconoce en la Europa, siendo nieta undécima de Carlos II, Rey de

Navarra, por el Infante Don Pedro, Conde de Moxtring en Normandía y décimacuarto de San Luis Rey de Francia» (si hemos de creer un manuscrito de la época existente en el fondo Prestamero); el jovial Cloridón que nos revela la *bucólica* correspondencia del prior de los arlotes y consecuente marqués, Pedro Valentín de Mugartegui; en fin, el caballero Don Xavier María de Munibe e Idiáquez maduro, en lo apacible de la tarde, el epílogo de un discurso que le viene atareando de días y con el que ha de iniciar la vida de una Institución perseguida en mucho tiempo por tantos medios y con el tesón que puede heredar quien, por la rama Eguía de su abuela Doña Ana Luisa, emparenta con los que fueron Santos y Maestros de la voluntad: Francisco de Xavier e Iñigo de Loyola.

Y con esa ternura que la alegría, destilada por el logro de caras aspiraciones, presta a los recuerdos, adorna su meditación con la cinta retrospectiva de su vida y prolonga su paseo sonriente y evocando. Allí, a su iz-

quierda, en el fondo, acurrucado, Azcoitia, el lugar que le vió nacer el 23 de Octubre de 1729, y en el lugar, el rincón donde se esconde lo que fué Colegio u Hospicio de los Jesuítas y le instruyó en primeras letras y gramática, cuando conviviera con los hijos de los nobles y de los artesanos, ante quienes descaró su primer gesto de innovador pedagógico. Era ya máxima que la letra con sangre entra y, mal interpretada pues que no con sangre de maestro sino de alumno se infundía, turnábase el cargo de azotador entre discípulos. Un día hubo de corresponder el menester a nuestro hombre, que, al negarse, echó a volar su primera anécdota: «más quiero ser azotado, que hacer el oficio de verdugo». Pasaba él, entonces «por descuidado, poco aplicado y aun flojo», y no se ha recatado en confesar, luego, ser de natural distraído e inconstante, si bien hoy agrega para ejemplo de sus hijos, que todo ello puede vencerse con «una inalterable distribución de horas y una ordenación práctica

de vida». Pero sus recuerdos van más lejos. Con luces de la memoria quiere hendir el valle y, siguiendo la ruta de Francia, renovar aquel su viaje a Toulouse, viajero de trece años, con los ojos abiertos, con la curiosidad despierta de quien la cree -- son sus palabras -- «una consecuencia del pensar; porque el encadenamiento que tienen entre sí nuestras ideas no nos permite fijarnos en una sin saltar a la que le sigue».

Las siluetas de los Padres Flouret, Charron, Tavernier, du Gache, Drulhe y Salet, profesores de Matemáticas, Humanidades, Física experimental, se confunden en la representación de las disciplinas de que le informaron y no puede ocultar su emoción, al revivir instantáneamente la lentitud de aquellas horas en que se vió rodeado por el cerco de las unánimes atenciones al huérfano que, por tan triste motivo, abandona el Seminario. Ello debió ocurrir en la otoñada del año 46, el mismo en que dedicara sus tesis generales al Rey Católico, Felipe V, quien, admitien-

do el obsequio, dió orden en 27 de Marzo al Príncipe de Campoflorido, su embajador en la Corte de Francia, para que, en su Real Nombre, solicitase del Rey Cristianísimo la oportuna venia y su primer Presidente del Parlamento de Tolosa asistiera, en el de Su Majestad Católica, a la función. En la evocación actual del Conde de Peñaflorida, brilla el sol espléndido de aquel día de Julio que lo destacó a lo más distinguido del público local en Toulouse y salta la coincidencia de que fuese también Julio, el día 6, y cuatro años antes, 1760, cuando hubo el honor de argüir unas conclusiones de Matemáticas y Física experimental, defendidas por Caballeros Seminaristas del Real de Nobles de Madrid, ante la Augusta presencia de Los Soberanos, Príncipe e Infantes. Pero, ¡cuánto más vivo es el recuerdo viejo! Es el que le hace sonreír y detenerse. Lo reciente..., lo reciente no es preciso recordarlo; ya consta en el Mercurio de igual mes y año. Es Toulouse lo bien grabado, lo que se le ofrece

con aquel resplandor alegre que ambienta los recuerdos de juventud, de los que el tiempo ha ido eliminando todo lo amargo. Toulouse, lejano y pacífico, «sin aquel bullicio y tropel de diversiones que en otros lugares más populosos de Francia», donde el Señor de Munnibe vibró. No hay en su vida época turbulenta y sólo fué vibrante aquélla de colegial en la que su precocidad música o sus triunfos escolares, imprimían en su natural sensible la espiral de los ensueños. Luego..., luego retornó a su lugar con lutos y diplomas, pronto casó con Doña María Josefa de Areilzaga e Irusta, el 3 de Junio de 1747, en la Villa de Oñate. En seguida fué Alcalde de Azcoitia, con el tiempo, en el del 50, 54, 58 y 61, Diputado General; a Cortes el 58, y aunque de ello reste la *Carta de expresivas Gracias* que la Provincia en agradecimiento extendiera, y aunque sobre todo ello flote la actividad en sus peculiares aficiones, su vida, familiar y provinciana, obedece a los cauces, como los arroyos limpios en los que esta tar-

de se remiran los árboles desnudos. Y de los últimos destellos del sol fluye melancolía.

El paisaje se ofrece apacible y ordenado como su existencia. Es el Conde obra del molde de su siglo. En correspondencia con Europa y con librero en Bayona, cree en la colaboración y en la ordenación. Más devoto de Luzan que de Feijó, mejor amigo de la regla que del temperamento, partidario de la sencillez, se impone tales esfuerzos por aparentarla, que en el calor de sus gestaciones se derrite la espontaneidad. Neoclásico y curioso de las ciencias, sostiene que es Grecia la única fuente de las leyes del buen gusto, y engalana, irreverente, al Peripato con el título de Conde de Antipatías; asegura que cuajó el arte gótico en un fallo de la cultura y se entrega a la investigación porque «como su alma se halla en continua agitación y gusta tanto de la novedad, el más seguro medio de darla gusto es presentarla siempre cosas nuevas y hacerla ver muchas a un tiempo...», ello tiene una exigencia: el *Buen*

Orden». Esta su pasión por el *Orden* se refleja en las distribuciones que ha impuesto a todos sus intentos corporativos que son la Historia de su vida. Gusta dirigir, no mandar. Ordenándolas, suma actividades. El facistol del coro parroquial sabe de su batuta. El público danzarín de la plaza comentó en más de una ocasión, sus instrucciones al tamborilero; damas y caballeros de las grandes casas vascongadas, solicitan su concurso director para toda reunión y fiesta; los maduros azcoitanos no olvidan la transformación que en las clásicas tertulias de cotilleo, juego y merendola impuso, sustituyendo el abigarrado adorno del recinto con las frías siluetas de unas máquinas neumática, eléctrica, ópticas, y la apacible monotonía del «decíamos ayer», con la variedad académica de un Plan de Estudios. Hasta el intercambio de estancias entre amigos y parientes, debe quedar sujeto al formulismo de una cofradía: la de los Arcades, que si no reúne a los pseudo-pastores en el Janículo, prodiga la

jovialidad en las noticias y ya que no sería ha de ser ordenada. Sirva de ejemplo el relato que Menalcas (D. V. de Mugartegui) el marquinés, dirige a Cloridón, el azcoitiano, como parte oficial de un jueves gordo: «El jueves de compadres, día que en ambos testamentos es muy celebrado por los olorosos aromas que exhalan por las chimeneas, se dió principio a las fiestas con una lucida cabalgata, compuesta de siete músicos, diez bailarines de contradanza, dos soldados, un Alcalde, un Abogado escribano y dos Alguaciles que conducían al suplicio a un gato por haber estrupado a seis gatas doncellas, según lo maullaron ellas».

Pero si bien sus paisanos amigos y allegados gustan del Conde que sabe ordenar diversiones, algo más pretendía Don Xavier María de Munibe de las reuniones organizadas con pretexto de diversión. Hace tiempo cuidaba su mente de una idea que ya expuso a la Provincia en las Juntas Generales celebradas en Villafranca el año 63, ofre-

ciendo un Proyecto de Sociedad Económico-Académica de Agricultura, Ciencias, Artes útiles y Comercio, para el que su espíritu proselitista había conseguido la firma de otros quince caballeros, asimismo Procuradores. El Proyecto, como todo lo nuevo en los regazos viejos, mereció de momento la aprobación elogiosa que anuncia el olvido posterior. Razón por la que la Asamblea en las Juntas de Azcoitia del año siguiente, consumido el turno de alabanzas y nuevamente requerida, manifestó: «que por entonces era inasequible la realización de lo que por entonces (sic) encerraba el vasto Plan: que el mismo Conde, acompañándose de quien creyera conveniente, practicara todos los experimentos de lo que juzgare más factible, comunicando resultados a la primera Junta General que habría de celebrarse en Zumaya el año de 1865 y autorizando, mediante libramiento contra las Cajas de Guipúzcoa, los caudales necesarios». La avisada veterania corporativa del Conde de Peñafiorida su-

po interpretar el acuerdo con mayor radicalismo del previsto por sus autores. Con efecto, obedeciendo, decidió acompañarse de quien creyera conveniente.

En su correspondencia y estanterías no faltan notas y memorias de ciertas corporaciones que son flor del siglo. Conoce el origen y vicisitudes de la Academia Francesa, de la Real de Londres, de la de Arte de Burdeos, nacidas al abrigo, insospechadamente incubador, de una amistosa tertulia o de una colaboración musical. Sabe también de la de Dublín, cuyas derivaciones prácticas le entusiasman. «Eje Artístico de toda solemnidad», espera el momento propicio, el de conseguir una asistencia numerosa a la que, distrayendo, inculque un espíritu de cuerpo que ponga a lo útil lo agradable; y la ocasión, si no se la pintan calva, de fiesta se la visten. Vergara y Beasain luchaban en su hoy más viejo y no menos vivo pleito. A San Martín, mártir guipuzcoano, se lo disputan dos apellidos y dos Ayuntamientos. Aguirre y Loinaz

son sus lemas, y bajo las respectivas enseñas van y vienen comisiones de Roma. El pasado Septiembre, el del año 1764, Vergara, en turno, celebró una Bula favorable invitando a lo más granado de las casas nobles; y de las tres provincias vascas confluieron caballeros y mayorazgos que entre sus muchas obligaciones cumplían, escrupulosamente, con la de no perder programa de festejos. También Don Xavier María de Munibe concurrió y no de vacío, sino con una comedia (*La Tertulia*), una ópera original (*El Borracho Burlado*) otra traducida (*El Mariscal Ferrant*) al brazo y su idea fija oculta, so el empolvado peluquín. La idea organizadora y académica que «renueve y conmueva al País». La idea fija que, si ayer nació en el amor a su tierra, hoy quiere desembocar por el delta de un razonamiento tripartito al que mi sinopsis priva de su dieciochesca retórica: «El patriotismo es un espíritu sublime que inflama las almas en ardiente amor a la patria: inspira. La economía política analiza

los pensamientos que propone el patriotismo: investiga. La industria, cual instrumento destinado a poner en práctica las especulaciones de la economía política: executa».

Agobiadores fueron los ensayos teatrales pero clamoroso el triunfo. El 11 de Septiembre, las tres provincias congregadas en Vergara, aplaudieron largamente al Conde y sus amigos. Al calor de los aplausos se fundió la amistad de aquellos caballeros que los quisieron nuevos y, obedientes a su Director, endulzaron la separación con la promesa de unirse. Fué el mes de Diciembre el que les congregó en Insasuti, y en la grata intimidad de los *Gabones*, aleccionados por Peñaflorida, organizaron el nuevo elenco que había de repartirse en el País para observar el campo y los talleres, cuidar del alfarero, del labrador, del herrero y dar instrucción al noble. Ya no sabían despedirse sin nueva cita; y ésta les obliga a reunirse en Vergara el día 6 del próximo Febrero. Cada uno aportaría, no los ensayados gorgoritos de un

aria ni las consonantes de una décima, sino las cuartillas de un discurso. Redactaron un proyecto de Sociedad y los AMIGOS DEL PAIS se esparcieron.

Todo lo relatado, ha ido ocupando sucesivamente la imaginación del Conde, que ha salido esta tarde, para componer un epílogo arrebatador a su respectiva pieza oratoria. En ella, con el orden minucioso que le caracteriza, ha ido exponiendo el plan, ha destacado el mérito de sus compañeros que renuncian a la diversión por el estudio, sin olvidar el alerta para los enemigos de toda novedad. También desarrolla el elogio de las Ciencias y de las Artes pero, repetimos, quiere un final arrebatador.

El sol se ha ido ocultando. El Conde vuelve con la decepción impaciente del que no ha concretado nada; el entusiasmo le pierde en los recuerdos. Pueblo, heredades, montes, todo calla con ese silencio augusto que la naturaleza dedica al beso del día y de la noche en los atardeceres serenos. Las leja-

nías se duermen en violetas. La mirada del Conde traspone sus crestas, evoca cuantos lugares del País conoce y, en esta hora sobrecogida del crepúsculo, parecen a sus pies como si a él esperasen o de él dependiesen; oye algo y no hay sonido, ve y la noche triunfa. En los últimos destellos del más alto cristal del más alto caserío lee una súplica. Regresa presuroso; traspuestos sus umbrales, cuando su emoción le dicta, escribe con mayor rapidez que de costumbre; escribe: «Ya estoy viendo el feliz trastorno y revolución que va a suceder en nuestras Provincias. Las Ciencias más sublimes... Los sucesos más famosos de la Historia... Las más estériles y escarpadas peñas cubiertas ya... Frondosas arboledas... La tierra descubre sus tesoros... Reedificarse la antigua Bermeo, la arruinada Zumaya, la demolida Deva, límpiense los puertos y los ríos, hábitanse los magníficos palacios de Alzola... Veo en fin que a la ignorancia suceden las ciencias, a la indolencia la aplicación, a la

inacción la industria, a la incomodidad el regalo... Sí, señores, todo esto estoy viendo y no es esto uno de aquellos sueños... Dichoso pues mil veces el País que ha producido esta Sociedad, pero más dichoso tú... Sigue pues tu gloriosa carrera».

Y mientras, como nunca ágil, vuela la pluma, un Montiano, El Ensayo de lo Bello del P. Andrés, Garcilaso, La Araucana, Quevedo, cuidadosamente apilados, ofrecen por el saliente papel de las señales, la cita erudita inútil.





1774

A la hora de la siesta, cuando Vergara se esconde del sol y sobre el pueblo pesa el silencio al par que en la campiña grita julio con su estival estridencia, el Conde de Peñaflores, refugiado en la penumbra y soledad de su aposento, se abraza al dolor. Sus compañeros, sus consocios, han dedicado quince días de luto a Ramón María de Minibe, el joven secretario, ayer viajero, hoy muerto.

En tierras de Marquina yace ocultando bajo losa todo su caudal de esperanzas. Don Xavier llora a su hijo y conserva un recuerdo turbio de aquellos días en que sólo usó de

una palabra para los hechos y para los respensos. Amén respondió, abrumado, a cuanto vió y oyó, él tan minucioso. Nada dispuso ni quiso ordenar quien, temiendo el fallecimiento de su madre, en otros días, hizo prevenir su entierro de pobre y sin honras para ejemplo de cuantos, en tan tristes ocasiones, comprometían hacienda y haber fieles a un hábito que cristalizó en un refrán. En aquella ocasión – y en otras análogas, pues no es Ramón María el primer hijo que pierde – el Conde supo vencer al dolor con la entereza; pero hoy, ahora, ansía ese momento de soledad para llorar sobre el que se fué, arrastrando tantos proyectos como ideales, esterilizando tantos sacrificios como ilusiones.

Ramón era el hijo a quien dió el ser, pero también el hijo en quien quiso acumular cuanto él poseía y cuanto él no pudo adquirir. Ramón era él y no como él era, sino como él se deseara. Ramón era la experiencia, el instrumento y el fin. El Benjamín de la

Sociedad en quien se habían fundido las dos paternidades, sobre quien llovieron solicitudes de reyes y sabios, desaparecido a consecuencia de una herida que a sí mismo se infligiera y que su padre oculta con piadosa intención. En su silencio, en el amargo silencio del Señor de Munibe, sobre el dolor consiguiente se yergue el fantasma de una responsabilidad. De esa muerte, ¿no es él — su padre — responsable? Y a la natural congoja se agrega la muda angustia de su esposa, traducida en autorreproche al recuerdo — que no sabe esquivar — de la pasada oposición de madre a unos proyectos educativos que imponían larga ausencia.

De la triste realidad, la paradoja de Rousseau tan combatida en sus gestiones, recibe nueva luz. De la angustia, de la crisis dolorosa, fluye la desconfianza; y el Conde duda de convicciones que le hicieron preparar con tan cuidadoso esmero el viaje de su hijo creyendo erigir un pedestal y fraguando una losa; de su obra al frente de la Econó-

mica orientada por su función directora hacia un fin primordial (educativo); de sus aspiraciones, de sus criterios.

Muy sensible, fácilmente impresionable, no acierta a sobreponerse y no es extraño que por único consuelo, a las horas en que la tarde agobia al hondo Vergara, ajeno a los pórticos y alamedas, relea una y cien veces su correspondencia persiguiendo, como la luz, un resquicio, el de la justificación. Quiere demostrarse, repetirse, que sus determinaciones no fueron individuales ni impulsivas sino fruto bien madurado del consejo ajeno. Por eso, entre las cartas, siempre viene a elegir aquella en que su tío Gaspar, el Marqués de Valdelirios, alaba con particular insistencia sus proyectos y está concebida en estos términos: «Tus ideas en orden a Ramón no pueden estar más bien fundadas atentas todas sus circunstancias inclinación y aptitud. Si en España se pensase del modo que en los demás países cultivados de la Europa, no solo aplaudirían tu pensamiento

sino que todos los padres de familia que pudiesen hacer otro tanto, harían vanidad de que eran tus imitadores en tomar este modo de educación para sus hijos».

Ahora tiene entre manos la *Instrucción* cuya elaboración fué retrasando la salida del supernumerario, para que en su viaje y excursiones no surgiese contingencia imprevista ni caso inaconsejado. Él no la firma — la autorizan los autógrafos de Lili, Narros, Olaso y Unceta — pero bien directa e interesadamente intervino en un texto que no inició hasta que sus amigos de Madrid, tras reiteradas instancias, le procuraron copia de la que el Marqués de la Ensenada proveyó para ciertos pensionados. Ante sus ojos las páginas que detallan LA IDEA GENERAL DEL VIAJE y dicen así: «Lo primero que ha de fijar en la idea este Académico es que no emprende su viaje por la mera curiosidad de ver tierras, ni menos con el vulgarísimo destino de divertirse por el mundo como un ocioso de profesión; sino con el importante

y glorioso fin de recoger y adquirir por medio de continuas observaciones hechas con la más constante aplicación y escrupulosa Exactitud, descubrimientos y noticias útiles a la Nación Española y al Cuerpo... de manera que a su regreso a España no contentándose con ofrecer a su nación nuevos medios de enriquecerse, se halle en estado de poderlos poner en práctica por sí... Ocupado continuamente de esta grande idea (servir de Instrumento a la Felicidad Pública) trabajará incesantemente en vencer los obstáculos que oponen a los progresos humanos — singularmente en la juventud — la inconstancia, el amor a la novedad, el espíritu de disipación, el tedio al trabajo y otros enemigos semejantes con que tiene que lidiar el hombre desde que empieza a raciocinar; tendrá siempre presente el empeño grande en que se halla constituido respecto a su Sociedad, su Patria y aun toda la Nación, que no ignora el objeto de su viaje y se hará diariamente a sí mismo estos cargos: *¿A qué*

soy venido? ¿Cuál es mi destino? ¿Cumpló con él? ¿Con qué cara podría presentarme con las manos vacías...? ¿Qué ignominia sería para mí y aun para mi familia el dexar frustrado tan bello pensamiento? Al contrario ¿qué satisfacción mayor que el llenar (a lo menos en quanto penda de mí) las ideas de este Cuerpo.»

«Animado de este modo y fortalecido contra el pernicioso influjo del mal ejemplo de tanto vagabúndo corrompido como encontrará en su peregrinación, ha de establecer un sistema y metodo de vida invariable e inalterable, como que éste es el medio más infalible para llegar al fin que se propone en ella. Destinará sus ratos (empezando por los primeros del día) para cumplir con las obligaciones de cristiano; haciéndose cargo de que quien falta a éstas, es preciso falte a todas las demás, no siendo fácil ser infiel al Criador y dexar de serlo a las criaturas: y persuadiéndose íntimamente a que sin ser buen Cristiano dificultosamente será buen Caba-

llero, buen Ciudadano, buen Socio y mucho menos buen Viajero. Estos más que ninguno necesitan del freno de la Religión para precaverse de los frecuentes tropiezos que se encuentran por el mundo y conservar incorrupta aquella pureza originaria, de que en este punto blasonan justamente los Españoles...»

Luego, cuidadosamente titulados, se desarrollan los capítulos que quisieron llenar, minuto por minuto, los meses del viajero, «De lo que deberá hacer iendo de Camino», «De lo que ha de hacer en los lugares de Mansión», «De las estancias largas»... de las partidas para Suecia... de su estancia allí... etc. La atenta lectura del Conde se interrumpe periódicamente con igual lamento: ¡Si Ramón hubiese observado con la constancia exigida la Instrucción!... Recuerda su machacona insistencia epistolar. Cuántas de sus líneas dirigidas a Francia, Suecia, Italia, recuerdan la necesidad de atenerse a lo instruído. Pero su actual situación de áni-

mo mejor disculpa que exige. Empieza a creer que esa Instrucción era agobiadora, era necesario atemperarla; quizá fué prematuro el viaje; quizás fué contraproducente su celosa insistencia.

Hoy excusa en Ramón cuanto ayer le reprendiera y tiembla ante la sospecha de que sus dudas y exigencias pudieron, sobrecitando al joven, impulsarle a la fatal resolución, por creer incomprendidos sus esfuerzos, impremiados sus estudios, desatendidas sus iniciativas por el propio recelo de su padre que sospechaba de su originalidad. El Conde, que es hombre dulce, impresionable, sentimental, tierno, se encara con su injusticia, con la que él acaba de atribuirse, y, obsesionado, relee en los diarios del hijo cuanto se refiera a solicitudes y amabilidades ajenas, para reprocharse luego por duro y cruel.

Defendámosle, pues, desímismo, releamos también nosotros su correspondencia, y destaquemos el engarce afectuoso de cada reconvención. Es cariño, profundísimo cariño

el que las cartas destilan. Serenas, placenteras, van extractando los defectos del joven y apresurando, siempre, la justificación. Si le habla de inconstancia la considera heredada, si le acredita sacrificios le desea frutos, si aduce ejemplos es para excitar su amor filial. Así, le escribe un día: «lo que yo me temo es que la verdadera causa de esta suspensión sea tu natural inconstancia. Conozco que este defecto es genial en casi todos los jóvenes, que en ti sobresalear mucho y que tal vez te viene algo de casta pues como te tengo dicho he tenido que lidiar mucho conmigo mismo»; y otro: «los juicios poco favorables que tu llamas en tu carta, pueden nacer en parte del continuo sobresalto en que me tiene el exceso en quererte y el deseo de que salgas hombre de importancia a todas luces».

Defendámosle, repito, y mientras él lee con particular emoción estas líneas, las más juveniles de la «Correspondencia del Viajero»: «En *Posdan* hemos estado recomendados a

Milor Mariscal, en quien hemos encontrado el español más fino que cabe como lo conoceran Vmds. con decirles que no nos ha permitido salir de su casa, en la que nos ha dado de comer rigurosamente a la española, no solamente por la olla y guisados, sino también por los vinos; nos ha regalado con Música Española por medio de un criado que toca la Gaita Zamorana, que dice es su instrumento favorito: nos ha hecho el obsequio particular de presentarsenos siempre vestido con géneros de España y no se ha hablado otra lengua sino es la nuestra que posee más que medianamente. Este singular hombre»...

Mientras el Conde lee, decía, con particular emoción esas líneas escritas por el mes de Agosto del año 1772, recordemos nosotros que por igual época gustaba de procurarse complicaciones sentimentales el joven Doctor Goethe. Ello era en Wetzlar «donde los jóvenes agregados sufrían como todos los de su edad. Grandes lectores, buscaban en

Rousseau, en Herder, direcciones sentimentales; esperándolas, bebían de firme». Lecturas y alcohol habían de fermentar en una ola impetuosa que arrebatase, con las pelucas, el clasicismo y medida del siglo XVIII; en un movimiento que, desafiando al sol, cantase el reflejo de la luna en los estanques; en una estética que, abogando por desorbitar todos los ímpetus pasionales, desatando la vida como una tempestad, debía erigir la palidez y la muerte en ideal de belleza.

El Doctor Goethe había nacido a muchas leguas de Azcoitia y dos años antes que Ramón María de Munibe. Como éste, hubo de tener un padre erudito y culto que se inclinaba sobre la cuna para acariciar e instruir; pero además una madre que interrumpía el relato de sus cuentos para que la cabeza infantil forjara un desenlace. Por eso el Doctor Goethe vivía sus amores para escribirlos y aprendía persa a los ochenta años. En cambio, el joven Ramón, vivía sus amores para ocultarlos y murió a los veintitrés cuando

estremeció al mundo de las letras el pistole-
tazo del joven Werther. Si el Doctor Goe-
the hubiese sabido que en Marquina repo-
saba quien tímidamente esboza el elogio de
la mujer de Adamson entre memorias cientí-
ficas; quien, recibido y festejado en todas las
cortes de Europa preocupa al Abate que le
acompaña por sus crisis melancólicas, y quien,
enamorado de una condesita vienesa, clava
su desengaño al pecho con el aspa de un
compás, los anales de los Caballeritos Ami-
gos del País hubiesen recorrido el mundo a
la grupa de su héroe romántico.

Mas ello no consolaría al Señor de Mu-
nibe, como no le consuela el obsequioso
ajetreo de su esposa que, sorbiendo lágrimas,
esconde sus propios duelos para aliviar al
compañero de veintisiete años comunes. Ante
su callada resignación, Don Xavier María
de Munibe recuerda una frase más de las
dirigidas al viajero. Dándole cuenta en una
de sus cartas de la partida de su hermano,
el cadete Antonio reclamado por deberes

militares, le describe la aflicción de su madre; luego agrega: «yo sentiré su marcha solo porque se le corten a lo mejor sus estudios». Entonces también pospuso al criterio el sentimiento, la lección del maestro ocultó la ternura del padre. Hoy le escuece, le remuerde, y en la fragilidad dolorida del padre, el Director de la Económica titubea. Si hubiese escuchado a su esposa, Ramón no habría muerto. El impuso su criterio, quiso instruirle en cuanto él no pudo aprender, hacerle útil para el País, glorioso para mejor lustre del apellido. Utilidad y gloria se esconden bajo tierra y sobre ella, a su lado, queda el dolor, el dolor de su esposa que, pudiendo recriminar, compadece, que le reconviene por su aislamiento y, al abrir las ventanas -- la fuerza del sol ha cedido -- por la obscuridad en que lo acrecienta. El torrente de luz ilumina las recíprocas angustias que vienen a fundirse en un tierno abrazo. Es la hora en que Doña María Josefa de Areízaga pudo obtener del Conde de Peñaflores todas las re-

nuncias, pero la pobló el silencio rubricado por el vuelo de tres golondrinas.

La historia nos dice que Antonio María de Munibe pisó las huellas de su hermano y estudió en París. Que en 1778 su padre abandonó el hogar para instalarse como principal en el Real Seminario Patriótico Bascongado. Que durante el año 1783 planeaba la creación de un nuevo Seminario para Señoritas; puede que con la intencionada mira de que, por la instrucción apropiada, no pudiesen en peligro de naufragio los planes docentes que, para hijos y paisanos, pudiesen abrigar sus futuros esposos.





1930⁽¹⁾

EL día 13 de Enero de 1785 las campanas de la iglesia de San Pedro, en Vergara, doblaron a muerto. Recogido el eco por las torres parroquiales del país, enteraron a sus respectivos feligreses del fallecimiento de quien ilustró sus coros.

El féretro que contiene los restos de Xavier María de Munibe, sostenido por las tres manos enlazadas del *Irurak-Bat*, llegó a Marquina y el suelo sagrado de Santa María de Jemein, se abrió para recibir a su patrono. Sus compañeros cumplen con el rito

(1) N. del E. — El autor aquí, y ello explica la fecha, enfoca la actualidad del Conde de Peñaflores.

de la Amistad que es título y esencia del Cuerpo que en vida los unía. Los elogios fúnebres pueblan los ámbitos de las Económicas y el Marqués de Narros, en el suyo, nos enteramos que tuvo origen, lo postrero, en un viaje que su Director debió hacer a Logroño, donde contrajo unas tercianas tan malignas y rebeldes que no se pudo encontrar remedio contra ellas. Dieron fin a su vida que, al cerrarse, se abre a la historia como un cañamazo. Sobre tal, bordemos nuestro comentario y siguiendo el gusto clasificador, nomenclatorio de la época, iniciémoslo, encasillando al Conde.

Una división muy aceptada separa a los vascos en secretarios y aventureros. Incluiremos al Conde de Peñaflores entre aquéllos, apresurando la advertencia de que era secretario de los que pueden arriesgarse en toda clase de aventuras. Contra el común sentir, no es secretario lo opuesto ni la negación de aventurero, pues que secretario puede ser aventurero que hace eficaces sus

aventuras. Al principio de acción une el espíritu de perfección, arriesga menos porque prepara más y es su condición de secretario la que puede hacer excelente a un aventurero. Una vez aclarada su condición de secretario, sigamos al Conde de Peñaflores en sus aventuras procurando destapar el burbujeo paradójico que contienen los maduros entusiasmos de un hombre sesudo y juvenil, adiposo y ágil.

Comencemos por la más sonada entre las personales que ha incluido su nombre en nuestra literatura. Su afición a las ciencias le llevó a las letras. Asomándose a éstas al mediar su siglo, forzosamente hubo de dar en polémica como género al uso. De la consiguiente, hubo de salir con mote, el de *Caballerito*, que, como enseña propinada al polemista, constituía su mejor elogio y una amistad, la del contrincante, fruto de su condición y mote. Por físico y músico triunfó en lo literario; la abundancia de razones científicas para el fondo, el compás y la medida

en la forma, le llevaron a sellar cordialmente el debate con pluma tan avisada, corrida y zumbona como la del Padre Isla. Y puesto que citada queda la polémica, aprovechemos algunas de sus líneas para proseguir perfilando del natural la silueta del *Aldeano Crítico*. Mas antes subrayemos la sonrisa que brilla en el filo de todas sus líneas, porque apoyándose en el labio bello del polemista, nos enteramos de la apacibilidad de quien la ofrece y del tesón de quien, en toda contingencia, la mantiene.

Es forzoso destacarla como principal arma del Conde, bien patente en las condiciones que los Estatutos sociales imponían a los socios de número: «...maduro juicio y genio pacífico, nada caviloso ni díscolo». Es preciso reconocerla como flor natural de la dulzura que un contemporáneo, el Marqués de Narros, le atribuye. Recordemos que la dulzura, en sentido horaciano, es moción de afectos y convengamos que fueron afectos los entrelazados para andamiaje de la So-

ciudad Económica del País. Fué sombra del árbol de la amistad. Y el intento más serio del Conde de Peñaflores que no pudo cuajar en la seriedad de unas Juntas Forales, arraigó en la trivialidad de un sonriente reparto de papeles coreográficos

Quede pues, a flor de semblanza, la *manera deportiva* en el alto sentido – que lo tiene – de la frase; y de corrida, como deportivismo supone normalidad, entusiasmo y sencillez, evitemos, recordándolo, la ocasión de atribuir al Señor de Munibe carácter tan exorbitante como el de *genio*, tan frío como el *dilettanti*, o tan pedantesco como el de *filántropo*. Su mayor mérito estriba en no ser genio y parecerlo.

Pero, si la memoria no me es infiel, había anunciado la transcripción de unas líneas de la polémica citada; hora es de hacerlo; las líneas son éstas: «Siempre he aborrecido – escribía el Conde en una de sus cartas al Padre Isla – lo que huele a magisterio, porque he aborrecido el medio de llegar a

él; quiero decir, he aborrecido el estudio.»
Y ahora nos toca observar que, precisamente, de la sinceridad de ese aborrecimiento, nace su gran amor a la enseñanza y su gran preocupación docente que constituye el núcleo de su actividad directora.

En el discurso inaugural de las Juntas general y sociales del año 1776, afirmó Deñaflorida que «la Educación de la juventud era no sólo el objeto principal de la Sociedad sino el único hasta que difundidas las luces, llegue el feliz tiempo de aplicarlas a los objetos particulares del Instituto». Ahora bien; expuesta esa necesidad y conveniencia, se aplica para ofrecer el mejor modo de ampararla, en forma, de que el estudio que impone y el Magisterio que requiere, no sean aborrecibles. La solución es fruto del estudio a que el Conde se entregó, para curarse del aborrecimiento que al estudio impuesto había cobrado. Los «Extractos de la Sociedad Económica Bascongada» correspondientes al año de 1783, copian el discurso que,

cumpliendo sus funciones, pronunció su Director en las Juntas precedentes, y del que son estas líneas: «Se conocen a la verdad en algunas Universidades las ciencias clásicas que contribuyen a la ilustración, como son la filosofía Moral, los derechos natural divino de gentes, en suma, gran parte de la Política; pero se desconocen absolutamente *la disposición de los corazones de los jóvenes, el arte de distinguir sus genios, como el valor la gradación de sus talentos y la ciencia de enderezarlos según la variedad de impresiones* que los varios medios de estímulo y corrección obran respectivamente a cada carácter. La falta de estos conocimientos indispensables para hacer las debidas aplicaciones de las ciencias clásicas inutiliza el fruto del estudio de éstas; y, sin duda, es efecto y consecuencia de la contradicción que se observa en todo, el que estando cubiertas las paredes de las Bibliotecas de inmensidad de libros de varios asuntos, tamaños y pesos, apenas se encuentra uno que tenga una

serie de observaciones sobre el corazón y genio de los niños, siendo así que se hallan noticias curiosas, menudas indagaciones y exquisitos descubrimientos, acerca de la inclinación e instinto del elefante y del hipopótamo.»

Bien concretamente, y adornadas con un colofón irónico, quedan expuestas las agudas observaciones del Conde de Peñaflorida en orden a docencia. Si nos hemos recreado en transcribirlas, ha sido obedeciendo, más que al deseo de ostentarlas como mérito de quien, al exigir por primer requisito del magisterio la vigilancia de las respectivas inclinaciones y con ello el cuidadoso estudio del discípulo, se adelantó a las más modernas exigencias pedagógicas, a la obligación de destacar la reacción caritativa de ese hombre ante el recuerdo de sus propias contrariedades – conocerlas en sí para evitarlas a los demás – y demostrar, como habíamos anunciado, que su aborrecimiento al estudio lo exprimió para hacerlo amable

a sus contemporáneos. Este su interés especial por la enseñanza nace, precisamente, de los defectos que encontrara en la suya; taxativamente lo reconoce en carta dirigida a su hijo Ramón, en estos términos: «yo me he criado por mi desgracia, sin tener quien me los hiciese presentes (los defectos), hasta que los he conocido por mí mismo; pero como esto ha sido después que han echado hondas raíces, he tenido y aun tengo que lidiar conmigo mismo, para ponerme sobre ellos». Ello quizá fué motivo de alguna queja tácita que ocultó y mantuvo de por vida y de la que, a su vez, quiso curarse en salud escribiendo, en otra ocasión, al viajero: «este es mi plan (antes detalla el itinerario europeo que el joven y su mentor deben seguir) que no dudo costará, pero aunque sea cercenando por acá todo lo posible le tengo propuesto porque a lo menos mi hijo *no pueda reprocharme le he dado una educación vulgar y común.*»

En la misma carta citada, de las cruza-

das con el Padre Isla, confesado su aborrecimiento y, a renglón seguido, para evitarse contradicciones, especifica el origen de sus conocimientos atribuyéndolos, no a la condición de estudioso sino de lector; y así agrega: «es verdad que he gustado siempre de la lectura; pero tan lejos de oler a estudio que ha sido sin sujeción, método... picando aquí y allí... La mesa de mi gabinete suele estar sembrada de libros ascéticos, poéticos, físicos, músicos, morales y romanescos». Miren por dónde, y para proseguir la semeblanza, viene a confesar el Conde de Peñaflorida, aunque sea de soslayo, su condición enciclopé... *dica*. Subrayo el subfijo para, sin perder el matiz de época de la palabrita, evitar una cuestión que no nos pertenece. Cuestión planteada de atrás y ahora discutida: la de supuesta heterodoxia enciclopedista del Conde, que hoy se apoya en los *imponderables*, como clavo ardiendo al que agarrarse, contra el aluvión documental que impone su ortodoxia. Evitémosla, y aprove-

chemos su aludida dispersión cultural para deducir, de la misma, su excelente preparación para Director de la Económica, pues fué huyendo de toda especialidad como pudo especializarse para tal cargo.

Con efecto, si don Xavier María de Múnibe hubiese insistido en cualquiera de las disciplinas que como lector acarició, es muy probable redundara en mayor gloria de su exclusiva personalidad, pero también en perjuicio del fruto ajeno que, con tan elogiabile ahinco, persiguió; y lo ganado por la individualidad hubiese repercutido en la Corporación. En la historia fué, sobre todo, Arquitecto de la primera Sociedad Económica española. Su éxito constructivo lo debe a la formación enciclopédica que le permitió la vista de pájaro, pues sólo desde el enfoque panorámico pudo alcanzar ese sentido de la proporción y de la realidad, tan necesario a su erección y sostenimiento. Aprovechemos una frase más de las suyas, obra en su discurso sobre «La Crítica o el Buen Gusto».

Allí afirma que «la proporción es la *verdad* de la Arquitectura», y el sentido de proporción es el que ejercita en el desarrollo de tantas actividades como intentó la Sociedad, presidiéndolas todas sin distraerse en ninguna. Sentido de proporción y realidad, forjado en la curiosidad enciclopédica, es también el que le proporciona la independencia de criterio, como de quien cuida y no se mezcla, que capta la esterilidad de las doctrinales elucubraciones de los respectivos especialistas, tratando de encauzarlas con palabras que copiamos de la oración que reproducen los extractos de 1782: «Así pues, amigos, conocido el poco fruto que hasta aquí han producido los trabajos de las Comisiones de la Sociedad, debe variarse el rumbo de ellos. Las exquisitas observaciones agronómicas, las sabias disertaciones científicas, las útiles investigaciones industriales no son objeto propio de las presentes circunstancias, sino las eficaces diligencias para hallar la razón de que el labrador, el ferrón y el fabricante no hayan

querido abrazar los medios fáciles que se les han expuesto para prosperar en sus respectivos ejercicios.»

Antes hemos negado condición genial al Conde de Peñaflores. Afortunadamente para el país, no era genio y, por su normal medida y condición, pisaba tierra y a ella, y a sus talleres, volvía los ojos con harta frecuencia, tanta como fuere necesario para sostenerle en sus anhelos e ideales, impulsados siempre por el amor al suelo que le vió nacer. Este amor es el espíritu de su obra. Este amor es el que limpia el cristal de nuestros ojos que leen los extractos de la Económica y apunta, con lo citado, el desvío en la ruta de lo práctico y beneficioso, cuando, a nuestro juicio de lectores, ofrecen los anuarios el vértice de prosperidad. Y ese amor es tan sincero que brota hasta en lo más íntimo de su epistolario. En carta que escribiera a su hijo Ramón, sin más fin que el de comunicarle noticias hogareñas de las fiestas pascuales, el día 29 de Diciembre de

1770, el anuncio de una guerra con los ingleses sólo le dicta este comentario: «nuestras pobres herrerías padecerán ahora». Y uno de sus hijos cumplía con sus deberes militares.

Alguien ha calificado de burguesa la figura del Caballerito de Azcoitia. Aceptemos el calificativo, pero recordando que, cuando vivía, aún significaba arraigo al burgo y al solar. Por ello, por su burguesa condición, veamos en la actual prosperidad de su tierra la mies de su semilla; y admiremos su obra en los cuatros de las presas que quiebran nuestros cauces, en el infinito paralelo de los raíles que hilvanan nuestras montañas, en el mosaico que incrusta en nuestras laderas el cultivo intensivo, en el humeante penacho de nuestras chimeneas fabriles elevadas como antenas para recoger el último dispositivo de los perfeccionamientos industriales.

Este era el momento de recordar toda la labor desarrollada por la Sociedad Económica Bascongada y su Real Seminario, introductor de las primeras cátedras de Quí-

mica y Mineralogía en España, así como partidario de la especialización y colaboración como sistema pedagógico, si no lo juzgase, por ya escrito, secundario para ocupar un espacio, en esta semblanza, limitado de antemano. Por otra parte, de concederle, hubiese preferido en vez de ofrecer la esfera de los resultados que nos ofrecen sus expositores, hurgar en el complicado mecanismo que los fué impulsando tan minuciosamente engranado por la asombrosa diligencia epistolar de su Director, y para recalcar su activa tenacidad de secretario excelso. En ello, como en cuanto precede, hubiese perseguido lo más humano de su figura, para demostrar la oportunidad epítáfica de algunas frases del elogio póstumo hecho por un convecino:

«Murió Peñaflores. Fué justo, bueno, dulce y reconocido: amó a su patria. Fué hombre franco, sincero y sensible: comunicaba a sus conciudadanos los dones que recibió de la naturaleza.»

FE DE ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
19	20	1865	1765
22	14	Insasuti	Insausti

